F
H
2945++

CHIRAPAQ

Situación de la mujer en los barrios marginales de La Paz(*)

Fernando Montes R.

Del campo a la ciudad

La ciudad de La Paz es el principal centro receptor de migración del país. La mayor parte de este flujo migratorio está constituido por campesinos aymaras del Altiplano; en 1976 un 25% de la población total de la ciudad tenía este origen, y es posible que a la fecha el porcentaje sea aún mayor, pues el desplazamiento de habitantes del campo a la ciudad se ha ido acelerando con el tiempo. Así, del total de migrantes, sólo un 12% llegaron antes de la Reforma Agraria (1953), 26% lo hicieron durante la primera época del MNR (entre 1953 y 1964), el 25% se estableció entre 1965 y 1970, y en el quinquenio de 1971 a 1976 vino el 36%. Este proceso ha continuado con intensidad creciente hasta 1982, en que la crisis económica lo ha moderado (cf. Albó 1983).

Las principales zonas de expulsión son las provincias de Manco Capac, Omasuyos, Camacho, Ingavi y Pacajes.

La primera oleada migratoria, previa al 52 y del comienzo de la época movimientista, se estableció sobre todo en la zona fabril de Vino Tinto y en el área comercial del Gran Poder y de la Avenida Buenos Aires (que albergan al 16% de los ex-campesinos). Los migrantes más recientes poblaron ElAlto (con el 24% del total), la ladera oeste, formada por los barrios de El Tejar, La Portada, etc (con el 43%) y en la periferia nor-este-sur, constituida por Alto Villa Fátima, Villa San Antonio y Pampajasi. Un 18% de las mujeres migrantes vive en las zonas residenciales como empleadas domésticas.

La mayor parte de este contingente migratorio está conformado por jóvenes: el 61% son menores de 20 años y el 36% están entre los 20 y los 39 años. La proporción de hombres y mujeres migrantes es aproximadamente similar; pero hay un 5% más de

(*) Capítulo del trabajo "Factores socioculturales de la discriminación de la mujer en los barrios marginales paceños", editado por el Centro de Promoción de la Mujer Gregoria Apaza en 1989.

mujeres menores de 20 años (cf. Ibid).

Los migrantes recién llegados encuentran en La Paz una versión urbana de la cultura aymara, que les sirve de "colchón" para amortiguar su adaptación al nuevo medio.

Esta variante citadina se ha ido formando a lo largo de muchas generaciones de indígenas que desde un principio ha residido en La Paz. Esta es una cultura de transición, que sobre una base aymara incorpora elementos criollos y los combina en una síntesis original, indígena en su base y acriollada en sus segmentos superiores.

Con el ascenso social que experimentó desde 1952, esta clase se va desplazando culturalmente hacia el extremo criollo dominante, a la vez que se ve alimentado por su base con el flujo migratorio campesino.

Para evitar el desprecio y la discriminación que trae consigo su condición de indios, los migrantes rurales tratan de asimilarse lo más rápidamente posible con la cultura mestiza urbana, y por ello están muy predispuestos a imitar sus costumbres y formas de comportamiento.

La mayor parte de las mujeres migrantes llegan del campo muy jóvenes, siendo solteras, a trabajar como empleadas domésticas. Luego de un tiempo encuentran a su pareja y cambian de ocupación para trabajar por cuenta propia y se mudan a vivir en algún barrio periférico.

Fragilidad de la pareja

El proceso de unirse a la pareja es similar al que se sigue en el campo, aunque aquí es mucho más sencillo y casi siempre queda incompleto o trunco. Los encuentros iniciales se dan en ferias, parques o espectáculos populares. Luego viene el "robo" de la novia, con el consentimiento de ella, y por último el compromiso o *irpaqa*, con toda la pantomima de la hostilidad del suegro contra el yerno y su familia, los azotes rituales de la incipiente pareja y el pedido de perdón. De ahí se pasa a la convivencia o *sirwinaku*; pero a diferencia del campo, donde casi todas las relaciones se formalizan con la boda y una larga serie de ceremonias, en la ciudad la mayor parte de las uniones se quedan en el concubinato.

Esto tiene varias consecuencias para la estabilidad de la pareja, no hay una consolidación ritual de la unión; tampoco hay padrinos que desempeñen el papel de autoridad para resolver las disputas y para exigir el cumplimiento de las obligaciones de cada

cónyugue respecto al otro y respecto a los hijos; finalmente, la presión social se diluye y se hace inoperante para asegurar el respeto a las normas.

Una buena parte de estas mujeres han sido abandonadas, con sus hijos, por sus esposos o concubinos, y esto ocurre en una proporción notoriamente mayor que en el campo.

Entre los maridos o concubinos que conservan a su pareja, muchos tienen otra mujer. Incluso hay algunos "itinerantes" que tienen más de dos mujeres y viven una temporada con cada una de ellas. En los casos que conozco, todas las mujeres saben de la existencia de las demás, pero niegan esta situación frente a sus familiares del campo.

Parecería que los hombres migrantes han introyectado las pautas machistas urbanas occidentales, imitadas de las series televisivas o de la clase media urbana que les sirve de modelo. Por eso se ufanan de sus múltiples conquistas y de su infidelidad, cosa que en el campo sería motivo de censura y escarnio.

Además, valiéndose del anonimato que permite una ciudad como La Paz, y en ausencia de los controles sociales comunitarios que hay en el campo, es muy fácil para un hombre abandonar a su mujer, cambiarse de barrio, seducir a una nueva, embarazarla y también dejarla. Unos informantes me contaron algunos de estos casos y añadieron: "los hombres hacen aquí lo que les da la gana".

Violencia y malos tratos

Practicamente todas las mujeres entrevistadas confesaron haber sido pegadas por sus maridos varias veces, y muchas dijeron que con frecuencia. Esto ocurre sobre todo cuando ellos están borrachos o cuando han tenido un serio disgusto o dificultad en su trabajo. Los casos de alcoholismo consuetudinario son mas bien raros en los barrios marginales. Lo corriente es que se beba en las ocasiones festivas (matrimonios, bautizos, ch'allas, fiestas patronales), que como promedio no pasan de una al mes.

Según declaran las propias víctimas femeninas de estos abusos, en general no media provocación de ellas, sino que sus esposos buscan cualquier pretexto para iniciar la pelea y desfogarse con ellas de sus frustraciones y preocupaciones extrahogareñas. Muchas veces "llegan de la calle renegando" a buscar camorra.

Todas las informantes coinciden en señalar que lo que ocasiona más violencia en los hombres es estar sin trabajo. Hay familias normalmente bien avenidas que con la desocupación del

cónyugue se vuelven un infierno.

Otras causas de la agresividad masculina que ellas señalan son, en primer lugar los asuntos de dinero, y en segundo los celos. Aunque son los hombres quienes con más frecuencia cometen actos de infidelidad, por un mecanismo de proyección se los atribuyen a sus mujeres y las golpean por ello. Se da asimismo el caso de mujeres que por protestar contra la infidelidad de su marido se hacen acreedoras a una golpiza. Lo corriente en estas circunstancias es que las mujeres rivales peleen entre sí, y puede ocurrir que una, la legítima, ponga en fuga a la otra.

Finalmente, los hombres suelen agredir a sus mujeres por poseerlas sexualemente cuando están ebrios, o como rechazo a la excesiva natalidad (muchas tienen más de 6 hijos): "tu no paras nunca de parir", recriminaba enfurecido un marido. También hay el caso de otro que golpeaba a su mujer estéril diciéndole "tu no sabes ni parir".

En general se considera normal y natural que el marido pegue a su mujer alguna vez (cuando les dije que en mi barrio los hombres no suelen golpear nunca a sus mujeres, se sorprendieron). En la cultura aymara hay una marcada jerarquía patriarcal por la que los mayores exigen obediencia y sumisión a los menores y se arrogan el derecho de enmendarlos. En los barrios marginales, este principio se lleva más lejos, y puesto que el marido se equipara al hermano mayor, se considera que tiene autoridad sobre su mujer y puede castigarla como lo haría con su hermano menor. Incluso se llega a pensar que es saludable para la buena marcha del matrimonio una golpiza ocasional, aunque la mujer no haya cometido ninguna falta concreta que la justifique. (De la misma manera, en la Inglaterra victoriana se azotaba a los niños aunque no tuvieran ninguna culpa, simplemente porque se tenía la idea de que los golpes eran necesarios para que el chico crezca derecho y adquiera fortaleza frente al sufrimiento).

Las mujeres aceptan estos castigos con resignación, como algo que es y siempre ha sido así. Por ejemplo, cuando una joven esposa de Pampajasi, se quejó a su madre de que su marido la había pegado, ésta le contestó que tenía que aguantarse, que para eso era mujer. Pero si los castigos se exceden por su violencia y frecuencia, las mujeres dejan de considerarlos normales y de aceptarlos pasivamente. Aprenden a defenderse y a agredir a sus maridos, y buscan ayuda entre sus allegados. Incluso se van con sus niños y sus enseres a vivir a otra parte y dejan al marido (por un tiempo, al menos). Muchas veces una golpiza termina cuando los

hijos recurren a los vecinos para calmar a sus padres.

Aunque no haya necesariamente violencia, el trato que las mujeres reciben de sus maridos no suele ser bueno: "los hombres consideran que una mujer sólo sirve para tener niños y para servirlo y no nos valoran como mujeres y como esposas", se quejaba una mujer de El Alto. Otra añadía que: "los esposos nos consideran objetos que se puede manejar. Nos manejan como a trapos, nos tratan como a empleadas". Y luego explicaba que cuando el periodo de enamoramiento termina, los esposos cambian de actitud y dejan de darles su lugar.

Otras entrevistadas declararon haber pasado un periodo de crisis conyugal en que fueron especialmente maltratadas por sus esposos, pero que luego lograron mejorar sus relaciones (lo cual fue confirmado por otros informantes).

En todas estas situaciones de abandono, abusos o violencia, la mujer prácticamente no tiene a quien recurrir. La comisaría de policía y los tribunales no hacen más que despojar a los litigantes del poco dinero que puedan tener, y nunca resuelven nada. No existen padrinos, o cuando los hay suelen pertenecer a un estrato económico superior y no se inmiscuyen en la vida de sus ahijados, o bien no gozan de la autoridad y el poder de censura que tienen en las zonas rurales. Tampoco existe un consenso comunitario fuerte que vaya a censurar estos hechos.

Sólo quedan dos recursos para las mujeres que sufren ofensas: uno es pedir a sus hermanos mayores, si los tienen, que las defiendan. El otro es denunciar a su marido en la tribuna popular de la radio Metropolitana; esto tampoco resuelve nada, pero el temor al descrédito público por los medios masivos de comunicación ha resultado ser un arma poderosa contra quienes abusan a sus mujeres.

El rol económico de la mujer

Con la crisis económica y la desocupación masculina, las mujeres que conservan a su cónyugue llevan la mayor parte de la carga económica de mantener a sus hogares y obviamente las mujeres abandonadas tienen sobre sí toda la responsabilidad.

La actividad más común de las pobladoras de las zonas marginales es el comercio de frutas, golosinas y objetos manufacturados; le sigue en orden de importancia la preparación de comida para la venta, luego viene el lavado de ropa, el hilado y tejido de lana y, por último, el trabajo como empleada doméstica por horas

la mayor parte de las empleadas domésticas son jóvenes, solteras, cama adentro, y por tanto no residen en los barrios marginales).

La jornada típica de una mujer comienza a las 5 de la madrugada, en que se levanta para hacer la limpieza de su hogar, prepara el desayuno, alista a sus hijos, los envía a la escuela y prepara la comida que se consumirá durante el día. La hora en que salen a trabajar varía según las ocupaciones; las vendedoras de rutas deben estar a las 6 en los tambos para adquirir su mercadería. Por la tarde muchas lavan ropa, otras continúan con su comercio y suelen estar de regreso en su casa a eso de las 7 u 8 de la noche. Entonces lavan el servicio usado para las comidas, arreglan y lavan la ropa de los suyos, y algunas se quedan a hilar hasta la 1 o 2 de la mañana. Si hay hijos mayores, ellos quedan encargados de cuidar a sus hermanos pequeños y de preparar el almuerzo y muchos tienen la responsabilidad de salir a trabajar para contribuir al sustento familiar. Si sólo hay hijos pequeños, no es raro que se queden encerrados en sus casas (a menos que haya guardería), pues la madre sólo puede llevar cargados al sitio de trabajo a los lactantes.

La mujer aporta al hogar la totalidad del dinero que gana, el cual se usa generalmente para comprar los alimentos que consume la familia y para pagar la vivienda. El marido (cuando hay marido y cuando tiene trabajo) guarda para sí una parte de su sueldo, y el resto se destina a adquirir ropa, útiles escolares, a pagar parte del alquiler y a los extras (fiestas, etc.).

Como es de suponer, la jornada laboral de la mujer, incluyendo las tareas domésticas, es más larga que la del hombre. Por otra parte, la contribución económica femenina al hogar suele ser mayor y actualmente tiende a incrementarse aún más pues como ya lo hemos dicho, con la crisis económica la desocupación masculina ha experimentado un notable incremento.

Hay que advertir, no obstante, que en estas circunstancias hay un número de hombres parados que acceden a ayudar a sus esposas en las labores domésticas, mientras ellas salen a trabajar. Las mujeres, en cambio, ni siquiera se han planteado la posibilidad de incursionar en las actividades consideradas privativas de los hombres. Por ejemplo, aunque en su zona todas las mujeres han trabajado con pico y pala en la construcción de alcantarillado y de una edificación comunitaria, a ninguna se le ha ocurrido ir al centro de la ciudad para ofrecer sus servicios como albañil.

"Es sentirse realizada como mujer..."

En los asuntos importantes, como la compra de un terreno o una casa, la instalación de un negocio familiar o la elección de un padrino, hombre y mujer deciden y participan conjuntamente, y se considera anormal y poco serio que sólo uno de los cónyugues se ocupe de estos menesteres. La mujer decide sola en cuestiones domésticas, de su trabajo, y el hombre hace lo propio con su actividad laboral.

Hay una mayor permisividad con el hombre para ir a donde quiera, cuando quiera y con quien quiera y para que disponga libremente de su tiempo en sus propios asuntos, aunque generalmente da cuenta de sus actividades. La mujer está más restringida en sus movimientos, pues se espera que avise y pida aprobación para ir a un sitio, y tiene menos libertad para dedicarse a cultivar sus intereses personales.

Las mujeres están presentes en las reuniones de la Junta de Vecinos, pero forman su propio grupo que no se integra a la asamblea masculina ni participa en las deliberaciones. No se les consulta para nada ni se toma en cuenta su opinión, a diferencia de lo que ocurre en las comunidades rurales. Asimismo, el acceso femenino a la educación es menor en los niveles básicos y prácticamente nulo en los superiores.

Por las difíciles condiciones de vida y las enormes dificultades que acarrea una prole numerosa, en los barrios marginales la maternidad ha dejado de tener la valoración positiva que tiene en el campo. Muchos maridos protestan por los nuevos embarazos de sus esposas y algunos han llegado a agredirlas por ellos. Sin embargo, todas las entrevistadas coincidieron en que "ser madre es algo sublime, hermoso", "es sentirse realizada como mujer", "es como un sueño", "es algo maravilloso" que les trajo mucha alegría, aunque también sintieron miedo "porque traer un niño es una gran responsabilidad", "un sacrificio llevado con satisfacción", pues deben "dar de sí todo para el hijo", "esforzarse por la superación de los hijos". Perciben asimismo los "problemas, dificultades" y tienen muy presentes los inconvenientes de una familia numerosas en la ciudad.

El matrimonio y la unión conyugal estable son bien vistos, pero la situación general es tan irregular allí que no se les da la importancia que tienen en las áreas rurales. Se aprecia, no obstante, los esfuerzos y sacrificios que la mujer hace por mantener la unión con su marido y se espera que ella sobrelleve con

estoicismo las penurias y malos tratos hasta el límite de la tolerancia.

Es significativo que todas las mujeres entrevistadas hablen del matrimonio exclusivamente en términos de una obligación moral que les impone su condición femenina: "el matrimonio es cumplir con un deber y un mandamiento del Señor", "ser esposa es ser responsable del hogar, cumplir con el deber hacia el esposo, los hijos y la sociedad", pues "la madre cumple tres funciones: como mujer, como madre y como esposa". Respecto a su cónyugue opinan que "el marido es el jefe de la casa" y que "el hombre tiene que trabajar más que la mujer, porque tienen que mantener más el hogar".

Todo esto demuestra que aunque la contribución de la mujer al mantenimiento del hogar sea con mucho el más importante, y no obstante que con su trabajo logra un grado de autonomía económica que nunca hubiera tenido en el campo, en los suburbios la condición femenina está menos valorada y reconocida.



* Centro de Formación e Investigación de las Culturas Indias. La Paz
Boletín Chitakolle Nº45, 1990 pp 9-16